LA PASION Y EL DEBER,

DRAMA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE

D. EUGENIO SANCHEZ DE FUENTES.

Estrenado en el teatro del Príncipe el 11 de Octubre de 1861.

A Florentino Peña
su affmo amigo
El autor



MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1861.

PERSONAS.	ACTORES.
MARIA	Doña Teodora Lamadrid.
ASUNCION	Doña Elisa Boldun.
TERESA	Doña Trinidad Sabater.
ALBERTO DE GUZMAM	D. Pedro Delgado.
EL MARQUÉS DE LA VIOLETA	D. Antonio Pizarroso.
LUIS DE MENDOZA	D. Juan Casañer.
ANDRÉS	D. Manuel Vera.

La escena es en Madrid y en nuestros dias.

Á LA MEMORIA

de mi adorada Madre,

El Autor.

ACTO PRIMERO.

Gabinete lujosamente amueblado en casa de D. Luis. En el centro un velador. Encima de él habrá un timbre, varios libros encuadernados con lujo, periódicos y un precioso álbum. Puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

ASUNCION y TERESA.

TERESA. Créame usted, señorita Asuncion, el señor Marqués está muertecito por ese cuerpo.

ASUNC. Verdad es que siempre me está diciendo que tengo unos ojos hechiceros, que visto con suma elegancia, que hago grandes progresos en el piano... pero me parece que eso nada tiene de particular.

TERESA. Ya lo creo: ¿qué ha de tener de particular el que un caballero jóven?...

ASUNC. Pero, Teresa, ¿es posible que tengas valor de decir que el Marqués de la Violeta es jóven?... ¡Un hombre de cuarenta años, un gallo con media vara de espolones!... ¡Bah!... ¡Pues haríamos una linda pareja!... De seguro todas las chicas del colegio me pararian para preguntarme: Oye, Asuncion, ¿ese caballero es tu papá?...

TERESA. ¡Bendito sea Dios, señorita!... que siempre ha de echar usted á broma estas cosas... que siempre que le hablo á usted del señor Marqués...

ASUNC. Que por variar es todos los dias.

Teresa. Ha de concluir usted metiéndolo á barato, y riéndose, como ahora, de un caballero tan buen mozo.

Asunc. ¡Tan estirado!... Con unas patillas como un contrabandista de tu tierra, y unos bigotes, asi... como dos floretes.

Teresa. Eso es, sáquele usted burla; pero la verdad del caso es que el Marqués vive en una casa como un palacio, y tiene los coches mas rebonitos que se pasean por la Fuente Castellana. ¡Ay, señorita de mi alma! Si supiera usted cuánto dinero tiene ese señor...

Asunc. Buen provecho. Ya sabes que no soy ambiciosa, y ademas ni derecho tengo para serlo. Mi hermana Maria heredó de su madre una legítima de cien mil duros, y la mia al espirar no pudo dejarme mas que su bendicion, porque era pobre, tan pobre como nuestro padre.

Teresa. Sin embargo, señorita, en este pícaro mundo oros son triunfos.

Asunc. Mira, Teresa; muchas noches, cuando Maria y yo volvemos del teatro ó de algun baile, donde me he visto muy atendida, muy halagada por los jóvenes mas distinguidos de la córte, al dejar caer mi cabeza sobre la almohada me pregunto á mí misma: «Asuncion, ¿cuál de aquellos jóvenes te ha gustado mas?...» y al cabo de media hora de reflexionar me contesto tristemente: «ninguno.»

Teresa. Vea usted lo que son los genios... Yo en su caso de usted tampoco sabria elegir; pero es porque me gustarian todos.

Asunc. ¡Qué cosas tienes!... Pues no creas, yo bailo muchísimo en las sociedades, porque asi que oigo una polka me deshago; pero cuando viene alguno á sacarme, lo único que reparo no es si es guapo ó feo, sino si baila bien ó mal.

Teresa. Á su edad de usted me despepitaba yo en Sevilla por bailar un fandango con un mozo de rumbo... ¡Jesus!... ¡Y lo que me he divertido, señorita!... Pero usted, vamos; si parece imposible; una muchacha como una perla y sin un mal novio siquiera.

Asunc. ¿Qué quieres?... Pues es lo mismo que me decia la otra noche Guzman: «Pollita, pollita, cuidado con ese corazon...» Y á propósito, Teresa; ¿no es verdad que Alberto es muy guapo?... ¡Qué fino es!... ¡Qué bien ha-

bla!...

TERESA. Don Alberto es una persona decente... eso no se puede negar; pero no olvide usted que ni es rico ni Marqués.

ASUNC. ¡Si vieses qué amable estuvo conmigo antes de anoche porque no toqué mas que música de Bellini!... ¡Es cosa singular!... No quiere oir mas que cosas tristes.

TERESA. Estará enamorado.

ASUNC. ¿Enamorado?... ¿Y de quién?... Lo que es á mí te juro que no me ha dicho una sola palabra de amor... Y no será porque yo no lo desee bastante...

TERESA. Pero, señorita, ¿qué está usted diciendo?

ASUNC. Nada.

TERESA. ¿Conque, segun veo, ama usted á don Alberto?

ALUNC. ¿Sé yo aun por ventura lo que es amor?... ¿Olvidas que acabo de cumplir diez y seis años?... Lo único que puedo decirte es que cuando estoy sentada al piano y entra él en la sala, sin saber por qué me turbo, me pongo encarnada como una amapola, y concluyo por perder el compás y tener que sentarme en una butaca.

TERESA. ¡Señorita!...

ASUNC. Cuando vamos á la Zarzuela, y pasan dos actos, y Alberto no ha subido á saludarnos al palco, yo no sé en lo que consiste, pero aunque Caltañazor esté muy feliz y el público se ria á carcajadas, créeme, Teresa, lo que es yo no puedo reirme.

TERESA. (¡Malo, malo!... Me parece que el Marqués pierde el pleito, y que yo me quedo sin mantilla.)

ASUNC. Mira, Teresa. (*Dirigiéndose al velador del centro y tomando en su derecha el álbum.*) ¿Por qué razon hojeo yo todas las mañanas este álbum, donde han escrito Breton, Hartzenbusch, Rubí, en fin, todos los primeros poetas de la corte, y concluyo siempre por leer la última página, en la que Alberto solo me dá un consejo en prosa?... ¡Hasta su letra es bonita!... ¡Mira, mira qué firma tan elegante!

TERESA. Es natural: los abogados, como estan escribiendo siempre, deben tener muy buena letra.

ASUNC. ¡Me llama niña hermosa, niña inocente!...

TERESA. La llama á usted lo que es; pero, vamos, vuelva usted unas cuantas hojas y busque aquellos versos tan tiernos...

ASUNC. ¿Los del Marqués?... ¡Son lo mas tontos!... Me llama perla; estrella, alhelí, y hasta cisne... ¡él sí que es un ganso!... ¡Fastidioso!... Siempre diciéndome que está muerto por mí, y sin embargo nunca lo acaban de enterrar.

TERESA. ¡Jesus, señorita!... si eso dice usted de los que la quieren...

ASUNC. ¿Pero tengo yo la culpa de que me parezca fátuo y feo y viejo?...

TERESA. (Mal viento corre, señor Marqués.) ¡Ay, señorita!... Me estoy charlando con usted, y se me olvidaba el abrigo de terciopelo de la señora; conque voy á coser un rato y...

ASUNC. Si, si, Teresa; lo primero es lo primero. (Teresa sale por el fondo; Asuncion se sienta en una butaca al lado del velador y se queda extasiada algunos instantes leyendo para sí la última página del álbum. Oye ruido en la primera puerta de la derecha, y al distinguir á Maria cierra precipitadamente el álbum, y ruborizada sale á su encuentro.)

ESCENA II.

ASUNCION y MARIA.

ASUNC. (Con cariño.) ¡Hermana mia!...

MARIA. ¡Asuncion!

ASUNC. (Con viveza.) ¿Iremos á la Castellana esta tarde?

MARIA. Esta tarde no... mañana.

ASUNC. (Con resignacion.) ¡Cómo ha de ser!... Solo lo siento porque estaba citada con Adela, mi antigua compañera de colegio, y bien sabes tú cuánto me rio con ella... ¡Es tan mala!... ¡se burla con tanta gracia de los adefesios que siempre van al paseo!...

MARIA. ¡Dichosa edad en la que se rie á tan poca costa!

ASUNC. No parece sino que tú eres tan vieja... Pero, calla; se me figura que estás triste...

MARIA. ¿Yo?...

ASUNC. Nada, nada; tú has tenido algun disgusto... ¿No te ha traido Madama Honorina el traje de *moiré antique*?... Todas las modistas de fama son lo mismo... mienten mas que un gacetillero.

MARIA. (¡Pobre niña!) No, Asuncion; yo no me enojo por tan

poca cosa: á tu edad tenia mis pretensiones de elegante, pero ahora... de cualquier modo estoy bien para mi marido.

ASUNC. Sin embargo... tú estás triste; es inútil que me lo niegues... No tendrá la modista la culpa, pero...

MARIA. No seas cavilosa, Asuncion. No todos los dias puede una estar del mismo humor.

ASUNC. (Despues de un momento de pausa y con intencion.) Dime, ¿por qué no ha almorzado hoy Luis con nosotras?

MARIA. ¿Qué sé yo?... Estaba muy ocupado en su cuarto trazando unos planos...

ASUNC. ¿Conque unos planos?...

MARIA. Si, me parece que me ha dicho que está estudiando un nuevo sistema de cureñas...

ASUNC. Pues mira, Maria, francamente, yo sospechaba que habiais reñido... Como Luis tiene tan mal genio, y eso que, por otra parte, es muy bueno...

MARIA. Luis tiene un alma muy noble.

ASUNC. Si no lo niego... despues es tan generoso, tan espléndido... dígalo si no la preciosa saboneta de oro que me regaló el dia de mi santo. ¡Oh! por mi parte no tengo el menor motivo de queja de él. ¿Y tú?

MARIA. ¿Quién no te ha de querer, Asuncion? (Desentendiéndose de la pregunta y abrazándola con ternura.)

ASUNC. ¡Toma, cualquiera!

MARIA. ¡Hija de mi alma!... Dios te conserve siempre ese candor.

ASUNC. Pero, señor, ¿qué tiene de particular lo que yo digo?... ¿No es la pura verdad? Maria, vamos á cuentas; en cinco años que llevas de casada, me parece que ya debes conocer el carácter de tu marido.

MARIA. Es cierto.

ASUNC. Y siendo asi, ¿por qué no convienes conmigo en que tiene mal genio?... Las cosas se han de llamar por su nombre.

MARIA. Basta, Asuncion. No me gusta oirte hablar de ese modo de Luis, que hace contigo las veces de padre.

ASUNC. ¡Pero si yo lo quiero mucho, y conmigo no se mete nunca para nada!...

MARIA. ¿Pues entonces?...

ASUNC. Si yo pienso algunas veces en su mal carácter; si encuentro á Luis algo brusco y me apuro cuando se eno-

ja y riñe á Teresa ó al asistente, es solo, hermana mia, porque me dá miedo el pensar que puede luego reñir contigo.

MARIA. ¡Asuncion, cuán buena eres!

ASUNC. Si vieras qué contenta me pongo al oirte decir que soy buena... Daria cualquier cosa porque lo oyese Adela, y sobre todo, Matilde, que raro era el dia que no la castigaban dejándola sin postres en el colegio.

MARIA. (¡Siempre tan inocente!..) Mira, Asuncion... (Mirando el reloj que habrá encima de la consola.) van á dar las tres, y ya es hora de que repases la leccion de piano.

ASUNC. Lo que tú quieras. ¿Sabes que ya he concluido el método de Eslava, y que desde mañana voy á empezar á estudiar la sinfonía de Guillermo Tell?

MARIA. Me alegro. ¿Y cómo vamos de francés?

ASUNC. El maestro dice que adelanto mucho, pero yo no estoy satisfecha de mí... en fin, como tú lo posees perfectamente, me puedes examinar cualquier dia que estés de mejor humor...

MARIA. Es verdad, hija mia; el domingo. (La despide cariñosamente dándole un beso. Asuncion sale por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA III.

MARIA, sola.

¡Ahora que estoy sola, podré á lo menos llorar!... ¡Que ignore siempre ese ángel las penas que me afligen, y sobre todo la lucha atroz que hay aqui!... ¡Dios mio!... Luis, ¿qué demonio tentador te ha empujado hace dos meses á ese tapete verde, donde á la par del dinero, se pierden la salud y la dicha? ¡Maldito juego! ¡maldito!... Tú, tan complaciente antes, tan metódico en el trabajo, tan exacto en el cumplimiento de tus deberes, lo olvidas ahora todo, y concluirás por arruinarnos... ¡Pobre de mí!... ¡Y hoy que necesito tantas fuerzas para ahogar esta pasion, que siento crecer por instantes!...— Parece que el infierno te aconseja para que me hagas sufrir, para que me abandones, para que me precipites... Pero ¡no! Conozco muy bien mis deberes, y Dios me ayudará... ¡Si, Dios mio!... Ayúdame á borrar del

corazon el nombre de Alberto... ¡Ah! (Enojada consigo misma por haberlo pronunciado.) ¡Que no pronuncien otra vez mis lábios ese nombre!... Y sin embargo él no me ama... no me lo ha significado jamás con una sola palabra, ni siquiera con una mirada... ¡Mas vale asi! ¿Pero, qué digo?... ¿Acaso tendria yo la debilidad de oirle si se atreviera á... ¡jamás!—Una mujer honrada puede morir, pero no escuchar á otro hombre que no sea su marido.—¡Sombra querida de mi padre, tú me protegerás!... ¡Cruz divina, (Sacando una crucecita de oro pendiente de un cordon que llevará escondida en el pecho.) que cuentas los latidos de mi pecho desde el dia en que nací, yo te juro cumplir mis deberes de esposa, ser fiel eternamente! (Besando llena de fervor religioso la cruz.)

ESCENA IV.

MARIA y el MARQUÉS, por el fondo.

MARQ. Señora... ¿Estaba usted leyendo algun *roman* de Dumas, hijo? *¿La Dama de las Camelias* ó la de las *Perlas*?... Francamente, sentiria molestar á usted...

MARIA. (¿Cuándo no molesta un necio?) No, Marqués; usted llega siempre bien á su casa... (Invitándole á que se siente. Lo hacen.)

MARQ. *Sempre amabile.* Ayer se lo decia á varios amigos en el Casino: no conozco una dama que haga mejor los honores de su casa que la señora de Mendoza.

MARIA. Gracias; pero no gusto de que...

MARQ. Es justicia, nada mas. Es verdad que hay pocas mujeres en la corte que reunan al claro talento de usted una educacion tan esmerada. Y luego, lo que me encanta mas es esa atmósfera de distincion y de elegancia en que se halla usted envuelta, lo mismo con esa sencilla bata que con el vestido de encaje y las flores de baile. Vamos, es usted la verdadera *leona, la reine du bon ton.*

MARIA. Me parece, Marqués, que podria usted reservar esos exagerados elogios para las jóvenes...

MARQ. ¡Pues qué! ¿se considera usted fuera de combate *nella prima gioventú*, á los veintidos años?...

MARIA. En primer lugar que no es la edad la que pone fuera de combate, como usted dice, á una mujer, sino su es-

tado; y en segundo, que voy á cumplir veintiocho.

MARQ. (Con exagerada pedantería.) La mitología no fija la edad de Vénus; pero créame usted, Maria, cuando Páris le adjudicó la manzana de oro, desairando á Juno y á Minerva, me atrevo á apostar que la diosa de la hermosura tendria la misma edad que usted.

MARIA. Márqués, el que yo tenga unos cuantos años mas ó menos solo puede interesarle á mi marido.

MARQ. (Entiendo.) Sin embargo, las notabilidades del mundo, ya lo sean por su belleza, por su talento, por su posicion social, etc., tienen siempre que sufrir el que las pobres medianías, como yo, se ocupen en esclarecer cuanto se refiere á ellas.

MARIA. Sospecho que no tratará usted de hacer mi biografía...

MARQ. ¿Y por qué no?... La biografía de una hermosa seria algo mas interesante que la de muchos ex-ministros. Y á propósito, (Sacando la cartera.) tengo el gusto de ofrecer á usted este retrato mio de tarjeta... Me lo acaban de enviar de París y es una verdadera obra maestra de Disdéri.

MARIA. En efecto; está muy bien hecho, y si usted me lo permite se lo daré á Luis para su álbum.

MARQ. *Pardon, Marie.* Este lo traigo destinado para usted. Estoy de etiqueta, en pié y *chapeau en main,* como si dijéramos, de baile. Aqui Nadar me retrató en traje de caza con Brasil, mi perro mas querido, y en este, véame usted caballero en mi famosa yegua inglesa *Mesalina.*

MARIA. ¿Y qué hago yo con esta galeria de retratos?

MARQ. El Marqués de etiqueta es para usted (buen *calembourg*); el Márqués cazador para Asuncion, y el Marqués ginete para el bizarro comandante, que tan aficionado es á los caballos de raza.

MARIA. Lo agradecerá mucho, porque le he oido celebrar varias veces su yegua de usted.

MARQ. Señora, advierta usted que la yegua es lo accesorio...

MARIA. ¡Por supuesto! (Con sorna.)

MARQ. Y que mi imágen es lo principal. (¡Pues no faltaba mas!) Vamos, Maria, francamente; ¿no encuentra usted en esa figura un aire muy marcado de distincion?... ¿No es verdad que ese frac parece mi propia piel?

MARIA. ¿Cómo?... ¿Tendrá usted tambien pretensiones de ne-

gro? (Burlándose.)

MARQ. Dios me libre. Lo digo porque al ver este retrato se conoce que he nacido con frac por la soltura con que lo llevo.

MARIA. Créame usted, Marqués; desde que me casé no soy juez competente en materias de elegancia.

MARQ. (¡Esta mujer es inabordable!) (Pausa.) ¿Estuvo usted anoche en el *Príncipe*?...

MARIA. Si.

MARQ. ¿Y qué le ha parecido á usted el drama nuevo?

MARIA. Bastante inmoral.

MARQ. ¡Inmoral!... no lo entiendo. *Non capisco.*

MARIA. Yo no sé cómo hay autores que malgastan el tiempo traduciendo del francés esos engendros...

MARQ. Pero, señora, ¿qué le encuentra usted al drama?

MARIA. Que es hijo de esa escuela funesta que parece se ha propuesto destruir á todo trance el matrimonio.

MARQ. Maria, el matrimonio es una institucion altamente social, eso no se puede negar... pero la verdad es que muchas veces no es uno dueño de su corazon, y sin saber cómo se enamora de una mujer casada. (Veré si puedo indicarme.) No siempre un hombre vé á tiempo á la mujer que lo conmueve, que lo fascina, que lo enloquece... ¿Entiende usted, Maria?

MARIA. No, señor; no entiendo. (Con severidad.)

MARQ. Decia que...

MARIA. Basta. (Interrumpiéndole.) Hay ciertas materias sobre las que ni siquiera le es lícito discutir á una señora.

MARQ. (¿Se niega á discutir?... ¡Es que me teme!)

MARIA. Como es usted de confianza, me permitirá que vaya á dar una vuelta por allí dentro... Asuncion saldrá al instante.

MARQ. (¡Malo! Me planta.) No se detenga usted por mí.

MARIA. Ahí estan los periódicos de hoy por si gusta usted entretenerse. (Señalando al velador.)

MARQ. Gracias. (¡Me ha dejado hecho un sorbete!) (Maria sale por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA V.

El MARQUÉS.

¡Decididamente no me conozco!... (Momento de pausa y poniéndose á pasear.) No sé qué diablos tiene esa mujer, que hace dos años que le ando á las vueltas y nunca me he atrevido á declararme... Vea usted, yo, que enamoro á la casta Susana mientras se baila una polka, y que he hecho tantas conquistas en el teatro durante los entreactos... Pero en fin, toda vez que la casada se resiste con dengues inverosímiles, me acogeré al blanco pabellon de la inocencia. Encantadora pollita... ¿Estaba usted *haciendo música*?

ESCENA VI.

El MARQUÉS y ASUNCION, por la segunda puerta de la derecha.

ASUNC. Haciéndola no, tocándola. ¿Y mi hermana?

MARQ. Vuelve en seguida.

ASUNC. Voy á llamarla.

MARQ. No, hija mia: usted sabe hacer muy bien los honores de su casa.

ASUNC. Gracias.

MARQ. (No, pues yo necesito declararme á alguien.) Asuncion, ha llegado el momento supremo (Con énfasis cómico.) de revelarle á usted el secreto de mi vida.

ASUNC. ¿Y qué necesidad tengo yo de saber esas cosas? No, no, Marqués; guárdese usted su secreto, no se me vaya á escapar.

MARQ. ¡Por Dios, fíjese usted en la filosofía de mis palabras, y comprenderá cuánto la adoro!

ASUNC. ¡Calla! ¿y es ese el secreto que queria usted confiarme?

MARQ. Asuncion, yo que he pasado tantos años en una vida de agitacion, de aventuras, de intrigas amorosas, de tempestades indescriptibles, necesito un puerto sereno y bonancible donde anclar mi nave.

ASUNC. Pues mire usted, el de Cartagena es el mas seguro de España.

MARQ. ¡Por piedad, no se burle usted de mí!

ASUNC. Pero si yo no me burlo .. Lea usted si no todas las geografias.

MARQ. Yo la idolatro á usted como Leandro á Hero, como Francisco primero á Diana de Poitiers, y necesito saber si usted me permitirá seguir idolatrándola:

ASUNC. No veo en ello ningun inconveniente... ámeme usted todo lo que quiera.

MARQ. (Triunfé.) ¿Conque segun eso usted me corresponde? ¡Ah, Asuncion! (Cayendo de rodillas á sus plantas y besándole enajenado una mano.) ¡*Que je suis bien hereux*!

ASUNC. Levántese usted, Marqués... el besamanos no es hasta mañana, y yo no soy la Reina.

MARQ. ¡Usted es la reina de mis amores! (Se levanta.) (Aqui de mi elocuencia.) Usted es el ángel que la Providencia ha enviado para arrancar del cieno de la materia y del panteismo á este corazon de fuego, á este desenfrenado *don Juan*...

ASUNC. ¿Don Juan? ¿Pues no se llama usted Pascual?

MARQ. (Sin oirla.) Yo necesito oir de esos divinos lábios que mis miradas de basilisco la fascinan á usted, y que me ama con locura.

ASUNC. ¿Pero cómo quiere usted que diga yo todo eso si no es verdad?

MARQ. (Con afectado asombro.) ¡Cielos!

ASUNC. Pues ya se vé... He oido hablar muchas veces de amor, he leido una novela muy bonita que trae el folletin del *Leon Español*, donde se pintan dos amantes muy tiernos; pero la verdad del caso, Marqués, es que yo hasta hoy no quiero mas que á mi hermana.

MARQ. ¿Será posible?

ASUNC. Y tan posible.

MARQ. Eso quiere decir que he llegado tarde, que ama usted á otro.

ASUNC. No lo crea usted, Marqués; si no he tenido novio todavia.

MARQ. (Hay que dar el último golpe). ¡Asuncion, mi vida está en sus manos de usted! (Cómicamente.) *Ser ó no ser... ¡That is the question!*

ASUNC. ¿Cómo?

MARQ. Dentro de una hora volveré á oir mi sentencia.

ASUNC. Pero, Marqués...

MARQ. *Adieu, jeune fille adorable*, hasta dentro de una hora. (Ni Talma lo hace mejor.) (Sale por el fondo.)

ESCENA VII.

ASUNCION.

¡Jesus! ¡Hasta miedo me dá ese hombre! ¡Qué voz tan sepulcral, qué ojos tan extraviados! ¡Pues está buena la mania!... Empeñarse en que yo le quiera por fuerza... ¡Si fuese Alberto!... Pero, calla, él se acerca...

ESCENA VIII.

ASUNCION y ALBERTO, por el fondo.

ASUNC. Bien venido, señor de Guzman.

ALBERTO. Adios, hija mia.

ASUNC. ¿Ha estado usted en las córtes?

ALBERTO. No, Asuncion, mis litigantes no me permiten oir mas que dos ó tres veces por legislatura á los padres de la pátria.

ASUNC. Como hace algunos dias que se habla de crisis...

ALBERTO. ¡Válgame Dios! y qué enterada está la pollita de los negocios públicos... Apostaria á que le hace á usted el amor algun diputado...

ASUNC. (Ruborizándose.) ¡No sea usted malo!... Á mí no me quiere nadie. (Con pena.)

ALBERTO. Vamos, que ya habrá por ahí algun pollo...

ASUNC. Ninguno.

ALBERTO. (Riendo.) Entonces será gallo... el Marqués, por ejemplo...

ASUNC. ¡Dios me libre! Yo quiero personas que hablen en castellano puro... como usted; pero el Marqués. ¡Jesus!... le dice á una dos palabras en español, y diez en francés, en inglés, en italiano, y hasta en latin... ¡Mire usted, latin!... ¡Como si yo fuese monja!

ALBERTO. Veo que no es usted partidaria de los amantes políglotos.

ASUNC. No señor, y mucho menos de los tontos.

ALBERTO. Asuncion, está usted terrible.

ASUNC. Perdone usted, señor don Alberto, si he dicho alguna

impertinencia... como es usted tan bueno... y me inspira tanta confianza, y suele entretenerse un rato oyendo mis niñerias...

Alberto. Nada de eso, Asuncion. Yo tengo mucho gusto en oirla á usted, porque á esa edad se habla siempre con el corazon.

Asunc. ¡Lo que es eso si!... Algunas veces me riñe mi hermana porque no disimulo ciertas cosas, sobre todo cuando hay visita! Vea usted qué trabajo... ¿Por qué no se ha de poder decir siempre la verdad?

Alberto. (¡Me cautiva su candor!) ¿Y Maria?

Asunc. Por allá dentro anda... Creo que debe dolerle la cabeza, porque no me quiere llevar esta tarde á la Castellana.

Alberto. (¡Pobre Maria!.. Milagro será que no haya tenido algun disgusto con Luis...) ¿Y su hermano de usted?...

Asunc. En su cuarto. ¿Quiere usted que lo llame?

Alberto. Si es usted tan amable, se lo agradeceré mucho. Necesito hablarle.

Asunc. Voy á decírselo corriendo... Hasta luego, señor Guzman. (¡Qué guapo es! ..) (Saluda afectuosamente á Alberto con la mano, le hace una graciosa cortesía y sale precipitadamente por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA IX.

ALBERTO, á poco LUIS por la izquierda.

Alberto. ¡Qué dos hermanas! La una es un ángel de inocencia, la otra un sol de hermosura, un prodigio de discrecion. Maria, Maria, ¿por qué te conocí tan tarde? ¿Por qué ha de ser Luis tu marido?...

Luis. Buenas tardes, Guzman.

Alberto. Muy buenas, querido Mendoza.

Luis. Vamos, ¿qué ocurre?

Alberto. Lo que era de esperar.

Luis. Ya comprendo... alguna nueva exigencia de ese usurero, que Dios confunda.

Alberto. Precisamente.

Luis. ¡Oh! tengo un corazon muy leal... ademas hoy era de rigor que me sucediese algo... hay semanas fatales, y lo que es esta no puede ser peor para mí.

Alberto. (¡Mal humor tiene!... Habrá perdido anoche.)

LUIS. Pero ¡qué diablos! no esté usted tan mústio... Ya sabe usted que yo no me ahogo en un vaso de agua.

ALBERTO. Sé que es usted un bizarro militar, un hombre de corazon.

LUIS. Pues entonces venga la verdad sin rodeos.

ALBERTO. Ayer el viejo don Julian estuvo en casa...

LUIS. Ya... á intimarme la rendicion.

ALBERTO. A recordarme, para que yo se lo avisase á usted, que el domingo cumplió el mes de próroga del pagaré.

LUIS. ¡Demasiado presente lo tengo!... Pero, Guzman, usted conoce que ochenta mil reales no se encuentran tan fácilmente.

ALBERTO. Le hice cuantas reflexiones se pueden imaginar; pero... calcule usted la conciencia del hombre que presta al ciento por ciento.

LUIS. ¿Y bien? ¿Qué pretende de mí ese canalla?

ALBERTO. Me notificó que si mañana en todo el dia, no tiene en su poder el dinero, pasado lo demanda á usted judicialmente.

LUIS. ¡Seria cosa de ahogarlo! ¡Ira de Dios!...

ALBERTO. No se irrite usted, Mendoza; no merecen esas miserias el enojo de un caballero.

LUIS. Si; mas la cuestion es apremiante... mañana mismo hay que pagarle á ese Judas Iscariote.

ALBERTO. Como siempre es mas fácil encontrar dos mil duros que cuatro, y valido de nuestra amistad, le traigo á usted mis ahorros, y crea usted, Luis, que lo único que siento es no poderle proporcionar toda la suma.

LUIS. ¡Es usted lo que se llama un buen amigo!

ALBERTO. No hago mas que cumplir con mi deber... Hace cinco años ¿qué era yo en el mundo? Un huérfano desvalido, un pobre estudiante que tuvo que licenciarse por sobresaliente. Hoy cuento con un bufete acreditado... y todo se lo debo á usted; á usted, Luis, que me relacionó con la grandeza, y que me ha hecho adquirir sin merecerlo, reputacion de mayorazguista.

LUIS. Sabia que valia usted mucho; pero este rasgo no lo olvidaré jamás. (Abrazándolo con ternura.) Sin embargo, Guzman, me dá pena de privar á usted de sus economias cuando realmente no me bastan para salir de los apuros que me ahogan ..

ALBERTO. No tenga usted la crueldad de negarse á que un amigo

le signifique del único modo que puede su gratitud... Mendoza, acepte usted esta cartera, ¡yo se lo suplico!..

Luis. Bien, la acepto. (Guardándosela en el bolsillo del pecho del gaban.)

Alberto. (Con alegria y estrechando sus manos con efusion.) ¡Gracias! ¡Adios! (Váse por el fondo.)

ESCENA X.

LUIS.

¡Buen amigo!... ¡Qué alma tan noble tiene!... ¿Por qué no habré yo seguido sus consejos... Pero ahora, ¿qué hago? Mi situacion es horrible, esta noche apenas he podido cerrar los ojos... amenazado de una ejecucion y habiendo perdido ayer dos mil duros bajo mi palabra. Y no hay remedio... Esta noche necesito pagar al vizconde: ¡las deudas de juego son sagradas!... (Dando grandes paseos por la escena y agitándose gradualmente.) ¡Ah! (Como ocurriéndole de repente una idea.) ¡Es el único medio de salvacion!... ¿Pero qué dirá Maria?... ¡No importa! ¡Es preciso pagar, ó quedo deshonrado para siempre! ¡Maria, Maria! (Llamándola casi fuera de sí.)

ESCENA ÚLTIMA.

LUIS y MARIA, por la primera puerta de la derecha.

Maria. ¿Luis, qué quieres?... ¡Estás pálido!...

Luis. ¡Estoy desesperado!

Maria. ¡Dios mio!... ¿Qué te pasa?

Luis. Dí, Maria, ¿trajo Juan la renta del cortijo?

Maria. ¿Pues no te acuerdas?... Hace mas de quince dias.

Luis. Es verdad. ¿Y las mil fanegas de trigo que quedaban en los graneros de Getafe?

Maria. ¿Has olvidado que se vendieron de tu órden?

Luis. Es verdad.—Maria, me encuentro en un gran conflicto.

Maria. ¡Cielos!

Luis. Necesito para mañana cuatro mil duros.

Maria. ¡Cuatro mil duros!... Luis, ¿adónde vamos á parar!

Luis. ¡Señora! (Iracundo.)

Maria. Perdóname... no sé lo que he dicho... No he tratado de

dirigirte una reconvencion. He querido tan solo darte un consejo...

LUIS. No son consejos los que me hacen ahora falta, sino dinero.

MARIA. ¡Dinero! ¿Y de dónde quieres que yo lo saque? ¿no te dí el otro dia todos mis brillantes para que los empeñaras y pudieses pagar en el acto una deuda de juego?... ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Cuán desdichada soy!

LUIS. Basta de lágrimas, Maria, mi honra está comprometida, y tú no te negarás á salvarla.

MARIA. (¿Qué querrá de mí?)

LUIS. Necesito cuatro mil duros y no hay mas que un camino para reunirlos.

MARIA. Un camino. ¿Cuál?

LUIS. Que firmes aqui. (Sacando del bolsillo del pecho un pliego de papel sellado en blanco, extendiéndolo sobre el velador y señalándoselo á Maria con imperio.)

MARIA. ¡Una firma en blanco! (Retrocediendo alarmada.) Luis, ¿qué pretendes?

LUIS. Tu autorizacion para vender la quinta de Carabanchel.

MARIA. ¿Estás loco?

LUIS. ¡Maria!

MARIA. ¡Vender la quinta, jamás!

LUIS. ¡Cómo!

MARIA. ¡Si, jamás!... en esa quinta murió mi anciano padre... Tiene ese recuerdo santo para mí.

LUIS. ¡Señora! acabe usted de comprender que se trata de mi honra.

MARIA. Luis, vende la casa de la calle de la Montera.

LUIS. Está ya hipotecada.

MARIA. ¡Ah! (¡Esto más!) Pues bien, vende la hacienda de Getafe; quema mis ropas, los cuadros, los muebles, todo lo que hay en casa; pero por la Virgen Santísima déjame la quinta.

LUIS. (¡Qué suplicio!) (Estallando y cogiéndola bruscamente del brazo.) ¡Firme usted, señora!

MARIA. (Aterrada y con un acento que revela la gran sorpresa que le causa la accion de su marido.) ¡Luis! ¿qué vas á hacer? (Con la mayor dignidad.) ¡Firmaré para ahorrarte la ignominia de violentarme! (Momento solemne de pausa. Maria se sienta al velador y firma con la mayor rapidez.) ¡Toma!... ¡Ay de mí! (Hace un esfuerzo para levantarse de la butaca, y ya en pié,

alarga á su marido el pliego silenciosa y convulsa. Luis lo recibe sin atreverse á alzar los ojos, Maria clava en él una mirada de desprecio, y rendida por tan fuertes emociones al exclamar «¡Ay de mí!» cae desmayada en la misma butaca.)

LUIS. (¡Qué vergüenza!) (*Toca el timbre para que acudan á socorrer á Maria.*) ¡Maldito sea el juego! (*Agita convulsivamente entre sus manos el pliego y se lanza como un rayo hácia la puerta del fondo.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Despacho en casa de Alberto, adornado con elegancia. Grandes estantes de caoba, llenos de libros. Á la derecha del espectador, y en segundo término, un bufete cubierto de voluminosos legajos. Á la izquierda, y en primer término, chimenea francesa, con gran espejo encima. En el mismo lado un divan de piel oscura, cerca del proscenio. Silleria de lo mismo Puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

ALBERTO, sentado en el sillon del bufete, y el CRIADO en pié.

ALBERTO. (Cerrando con lacre y sellando un gran pliego.) ¿Sabes dónde vive el señor Baron de Toledo?

CRIADO. Si, señor.

ALBERTO. Pues bien, llévale inmediatamente de mi parte este pliego. ¡Cuidado con que lo pierdas! Son escrituras y documentos de mucho interés...

CRIADO. Descuide usted, señorito. (Hace que se vá.)

ALBERTO. ¡Ah!... Para mi tranquilidad devuélveme el sobre firmado.

CRIADO. Voy volando.

ESCENA II.

ALBERTO, sentado.

Como ese viejo americano ha dado en la mania de ar-

ruinarse con los pleitos, se pondrá hecho una fiera cuando vea que me niego á defender el primero que me encarga. Pero ¿qué le hemos de hacer si no tiene justicia?

ESCENA III.

ALBERTO y el MARQUÉS.

MARQ. ¡Hola, distinguido jurisconsulto, moderno Marco Tulio!... Siempre trabajando...

ALBERTO. ¿Tan temprano por aqui, lisonjero Marqués?

MARQ. Amigo, hoy he madrugado mucho: dando las doce salté de la cama, y esta es la primer visita que hago... *Parole d'honneur...* Ya sabe usted que tengo verdadera debilidad por los hombres de talento... ¡Oh! con razon ha dicho madama Stael que lo que mas se acerca al genio es saberlo comprender. Nada, en cuanto me nombren embajador me lo llevo á usted de secretario.

ALBERTO. Gracias. (Con desden.) (¡Siempre tan necio!)

MARQ. Hombre, ahora que me acuerdo, ¿qué me dice usted de aquel pobre diablo que le recomendé el otro dia?

ALBERTO Que su madre es la legítima heredera del difunto conde de Santa Engracia, y que por lo mismo que se encuentra en la miseria, ayer formulé su demanda.

MARQ. ¡Ea, fumemos y charlemos un rato, Caton inverosímil!

ALBERTO. Sea, aunque estoy apremiado por estos autos.

MARQ. ¡Qué milagro! Un abogado que tiene prisa... Yo creia que abogado y entorpecimiento eran sinónimos; pero lo cierto es que su reputacion de usted crece de dia en dia como la espuma.

ALBERTO. (Levantándose) La suerte me ha favorecido mas de lo que merezco...

MARQ. Si en materia de amores cupiesen abogados, impetraria el auxilio de sus talentos de usted para un negocio bastante árduo... Tengo una conquista entre manos, querido Guzman, que ni la del vellocino de oro.

ALBERTO. ¿Conozco yo á la favorecida?

MARQ. Y mucho... *C'est une beauté ravissante*, ¡una mujer deliciosa, encantadora!...

ALBERTO Vamos, una Vénus de Médicis.

MARQ. *Molto piú.* ¡La animada estátua de Pigmaleon!

ALBERTO. (Con sorna.) Ya lo suponia yo, cuando el elegante Mar-

qués de la Violeta, el terror de los papás y de los maridos se ha dignado fijar sus ojos en ella.

MARQ. La verdad es que yo tengo un gusto muy delicado, que soy insoportablemente descontentadizo... así me lo decia anoche la duquesita de Blanca Rosa en su *boudoir*, lanzándome unas miradas disolventes.

ALBERTO. Pero á todo esto no me ha revelado usted el nombre del iman de su corazon.

MARQ. Le ha de costar á usted el trabajo de adivinarlo. *La mia diletta* es una mujer de unos veintiocho años, morena como la Esther de la Biblia, de ojos negros como el ala del cuervo, discreta...

ALBERTO. ¿Como usted?

MARQ. (Despues de un momento de pausa.) ¡Casi tanto como yo! Habla el francés como Racine; toca el piano como Talberg, con un sentimiento tal que dá escalofrios... piensa como un filósofo de las orillas del Oder... pero tiene la incomprensible vulgaridad, *chez une femme d'esprit*, de amar á su marido.

ALBERTO. (¡Cielos!) ¿Aludirá usted á Maria?

MARQ. *Ecce mulier.*

ALBERTO. ¿Y se atreverá usted á poner los ojos en la mujer de Mendoza?

MARQ. ¿Y por qué no?

ALBERTO. ¿Y pagará usted asi la buena amistad que le dispensa un caballero?

MARQ. Pero, Guzman, ¿me habla usted en serio?... En amores no hay cuartel... Desde el momento en que un hombre hace suya á una mujer, que estaba en el dominio público, entabla una fiera lucha con toda la sociedad... Alberto, usted sí que tiene terreno adelantado con Maria

ALBERTO. ¡Cómo!... (¡Si habrá sorprendido mi secreto!)

MARQ. ¡Ya lo creo!... Á toda hora, con cualquier motivo, y hasta delante de su marido, no cesa de elogiar á usted.

ALBERTO. (Con alegria.) ¿De veras? (Dominándose en el acto.) ¡Qué buen humor tiene usted!... Pero la verdad, Marqués, ¿y Maria ha notado sus obsequios de usted?

MARQ. Yo tengo mi táctica especial... *Piano... piano... si va lontano*. Hasta ahora no he hecho mas que preparar el terreno. (Dándole con la mayor fatuidad palmadas en la espalda.) Créame usted, Alberto; en el arte de amar soy otro Ovidio... Si es lo que me decia el sábado la bailarina

francesa, que usted sabe, al regalarle un brazalete de brillantes: «Marqués, su elocuencia de usted es tan irresistible como deslumbradora.»

ALBERTO. Y siendo asi, ¿por qué no ha pronunciado usted ya unos cuantos discursos en el Congreso?

MARQ. Pero, Guzman, ¿usted no lee el *Diario de las sesiones*? ¿Olvida usted que en esta legislatura he hablado ya dos veces?... ¡*Deux fois*!...

ALBERTO. Francamente, no recuerdo.

MARQ. Si, hombre; la primera fué al dia siguiente de la importantísima votacion de ferro-carriles, para pedir que constase la conformidad de mi voto con el de la mayoria...

ALBERTO. ¡Ya!... (Con sorna.)

MARQ. ¡Á mí no me gusta eludir la responsabilidad de mis actos legislativos!...

ALBERTO. Bien hecho.

MARQ. La segunda fué para preguntar al gobierno, por qué razon no hay correo diario entre las Islas Filipinas y la Península; y lo que es dentro de pocos dias ya verá usted el discurso que pienso pronunciar sobre política internacional.

ALBERTO. No faltaré aquel dia al Congreso. (Con sorna.)

MARQ. Me he propuesto ser ministro, y lo seré. ¡*Vouloir c'est pouvoir*!... Pero dejando la política y volviendo á mis amores, le aseguro á usted que Maria no tendrá mas que rendirse á mis ataques, porque despues de todo su marido es feo, y yo estoy fotografiado en la calle del Caballero de Gracia y en la de la Montera, á ruegos de Hever y de Algarra...

ALBERTO. Siento decir á usted, Marqués, que no participo de su opinion en este caso, y le ruego que no hable con tanta ligereza de una esposa de conducta irreprensible, de una señora á la que yo no permitiré jamás que se ofenda.

MARQ. ¡Siempre desfaciendo entuertos y siendo el bizarro paladin de las damas!... ¡Ay, amigo mio, á su edad de usted creia yo tambien, aunque no mucho, en la virtud de las mujeres!... ¡pero ahora!...

ALBERTO. Veo, Marqués, que sobre esta materia no llegariamos nunca á entendernos... Doblemos pues la hoja.

MARQ. Es usted un optimista incorregible.

ALBERTO. La una. (Mirando su reloj y sin hacer caso.) ¿Almuerza us-

ted conmigo?

MARQ. Gracias; me espera á las dos mi vaporosa bailarina.

ALBERTO. ¿Se queda usted, ó me acompaña al comedor?

MARQ. Si usted me permite que profane ese *bureau*, escribiré antes de marcharme una nota, que tengo que dar luego en el Congreso al ministro de Estado. Un chico del banquero Salazar que se ha empeñado en ser *attaché*. Es claro, como ya se ha traslucido que estoy en candidatura para embajador...

ALBERTO. Ahí tiene usted cuanto necesita para escribir.—Adios, Marqués, y dispense usted esta confianza. (Váse por la puerta de la derecha.)

ESCENA IV.

El MARQUÉS, sentado en el sillon del bufete.

Des enveloppes... cire d'Espagne... ¡Perfectamente!... Una caja de papel *ministro*... Los hombres como yo no debemos escribir en otra clase de papel... (Saca un pliego y comienza á escribir en él.) ¡Protejamos á la juventud! Es necesario irse formando ya una *legion sagrada* de mozos de talento... El dia del triunfo se acerca, y me parece que no he de tardar mucho en sentarme en el banco azul: *L'avenir est à moi.* He concluido. (Dobla la nota y la guarda en su cartera.) Pero calla...

ESCENA V.

El MARQUÉS, MARIA y un CRIADO.

CRIADO. (Desde el umbral de la puerta del fondo.) Tenga usted la bondad de pasar al despacho: el señor está almorzando.

MARIA. (Id.) Bien.

CRIADO. (Id.) ¿Á quién anuncio?

MARIA. Á una señora. (Entrando y al alzarse el velo del sombrero con que oculta su rostro.) (¡Qué fatalidad!... ¡Aqui este necio!...)

MARQ. ¿Usted por aqui, señora?... La hermosura visitando á la ciencia, ¡Vénus de Citerea en casa de *Gorgias*!

MARIA. Marqués, vengo á consultar al señor Guzman sobre unas acciones de minas que compré hace tiempo... (¿Qué ne-

cesidad tiene este impertinente de saber mis penas?)

MARQ. ¡Ah!... (Ingenioso pretexto, pero...) ¡Cuán dichosos son los abogados que tienen, como Guzman, litigantes tan hermosas como usted!

MARIA. Déjese usted de galanterias.

MARQ. Prohíbale usted á los rios que vayan á morir al mar, á la luna que ilumine las noches del estio; pero no me prohiba usted, por Dios, que la llame *bella*, *jolie*, hermosa.

MARIA. ¿Se ha propuesto usted ofenderme?

MARQ. Nada de eso, señora. (Mal templada viene.)

MARIA. Le advierto á usted que deseo que mi marido ignore que he estado aqui.

MARQ. Descuide usted, Maria; seré ciego como Homero, mudo como la misma estátua del silencio.

MARIA. No tanto. Lo decia porque no quiero que Luis sepa que ando en negocios judiciales.

MARQ. Comprendo. (Sospechosilla es la visita; pero... (Mirando el reloj.) Si me descuido diez minutos me araña mi bailarina.) Señora, si usted no tiene otra cosa que mandarme, *io me ne vado.* (Saludando con la mayor afectacion.) (¡Este dato podrá ser fecundo!) (Con intencion, al retirarse por el fondo.)

ESCENA VI.

MARIA, á poco ALBERTO.

MARIA. ¡Qué hombre tan frívolo!... ¡No lo puedo soportar!

ALBERTO. (Saliendo por la puerta de la derecha.) ¡Señora! (Estrecha su mano con el mayor interés, y dirigiéndose á la puerta del fondo, dice en alta voz á su criado.) Sea quien sea, que no estoy en casa.

MARIA. Perdone usted, amigo mio, si de dos meses á esta parte he venido varias veces á molestarle... Los abogados son como los confesores, y usted, ademas de abogado, es mi mejor amigo...

ALBEDTO. Si, Maria, el mejor. (Dominándose.) Hace muchos años que su marido de usted me distingue con su amistad, y cinco que tengo la fortuna de tratar á una mujer tan buena y tan discreta como usted.

MARIA. Mejor pudiera usted decir tan desgraciada... sí, tan desgraciada. (Enjugándose las lágrimas.)

ALBERTO. (¡Cuán hermosa está llorando!) Sosiéguese usted, Maria, y siéntese aqui, á mi lado. (Indicándole el divan. Se sientan.) Confíeme usted sus penas. ¿Ha tenido usted algun nuevo disgusto con Luis?

MARIA. Si, Guzman; anoche ha habido entre nosotros una escena horrible...

ALBERTO. ¡Explíquese usted, por Dios!

MARIA. Ya sabe usted que desde la muerte de mi pobre hijo parece que ha caido una espantosa maldicion sobre nuestro hogar... Luis y yo hemos vivido tranquilos, y hasta felices, desde el dia en que mi padre me unió á él, temeroso de dejarnos huérfanas y solas en el mundo.

ALBERTO. (Con amargura.) Recuerdo perfectamente la fecha de su casamiento de usted. (Temiendo haber dicho demasiado, añade con afectada ligereza.) Una jóven hermosa y rica no puede casarse impunemente en Madrid, sin que su boda sea durante ocho dias el pasto de la buena sociedad, y sin merecer los honores de alguna gacetilla.

MARIA. Á la edad en que Luis me llevó al altar, yo ignoraba lo mucho que es preciso amar á un hombre para hacerlo feliz y para serlo.

ALBERTO. Conozco muy bien esa historia... (¡Ojalá no la recordara tanto!) Pero diga usted, Maria, ¿qué nueva pena ha venido á inundar en lágrimas esos ojos?...

MARIA. Desde el dia en que nos casamos, Luis, que realmente me quiere, ha procurado á todo trance amenizar mi vida; y usted, que es el consultor de cuantos negocios emprende mi marido; usted, á quien sin vacilar he confiado hasta mis menores disgustos domésticos, sabe perfectamente el profundo respeto con que lo miro y el verdadero afan que tengo de labrar su felicidad.

ALBERTO. ¡Sé que es usted un modelo de esposas!

MARIA. Hará unos dos meses que Luis vuelve ya de dia á su casa; que pasa toda la noche jugando; que ha perdido, en fin, cerca de veinte mil duros...

ALBERTO. ¡Veinte mil duros!

MARIA. Eso me importa poco; usted me conoce y sabe que no tengo la pasion del lujo ni soy interesada. No obstante, veo con dolor destruirse mi dote, solo porque puede ser mañana la herencia de mis hijos. ¿No es verdad que soy muy digna de lástima?...

ALBERTO. ¡Maria!... ¡Maria!... ¡Cálmese usted!

MARIA. Poco me importaria que Luis perdiese toda mi fortuna, si no se perdiera con ella nuestra paz doméstica... Pero, como usted comprenderá, mi marido está de un humor insoportable, se halla en una continua excitacion nerviosa, riñe á todas horas por el motivo mas fútil, me trata con frialdad, con despego... y hasta con groseria... ¡Ah!... yo no puedo vivir mas con él. (Levantándose.)

ALBERTO. (Id.) ¡Maria, domínese usted... yo se lo suplico!... ¡Un ángel de dulzura y de bondad no debe desesperarse de ese modo!...

MARIA. Si usted supiera que Luis me ha obligado á firmar una autorizacion para vender nuestra quinta de Carabanchel, no extrañaria por cierto la amargura de mis lágrimas ni la dureza de mi lenguaje.

ALBERTO. ¡Cuánto la compadezco á usted!

MARIA. Pero, Guzman, ¿no es verdad que las leyes me dan derecho para separarme de un marido que olvida sus deberes hasta ese punto, y que usted será mi abogado?

ALBERTO. ¡Jamás!

MARIA. ¡Cómo!

ALBERTO. ¡Jamás, Maria! ¿Sabe usted cuál es la tristísima situacion de la mujer que se separa judicialmente de su marido?... ¿Ha medido usted ese abismo sin fondo en que quiere arrojarse en un momento de cólera?... Usted se halla exaltada y bajo la presion de una ofensa grave; pues bien, yo que soy el abogado, que debo ser para aconsejar tan frio como la ley, que soy su mejor amigo de usted, que deseo verla siempre respetada por la sociedad entera, necesito decirle: ¡ay de la reputacion de la mujer casada que se divorcia sin una causa gravísima, porque todos se creen autorizados para manchar esa reputacion!....

MARIA. ¡Guzman!

ALBERTO. Si, Maria; la sociedad es injusta con las pobres mujeres. Sin la proteccion del hombre, sin el escudo de un esposo, ¿qué seria de usted en el mundo?... Imposibilitada de presentarse sola en los paseos, en los teatros, en las reuniones, su mas pura mirada de usted se interpretaria desfavorablemente; el número de sus amantes seria para el mundo el de los amigos que se acercasen solo á saludarla... y los que de corazon la quere-

mos, no podriamos siquiera visitar á usted so pena de acabar de deshonrarla ofendiendo á su marido.

MARIA. ¡Por piedad, no prosiga usted esa pintura horrible!...

ALBERTO. Si el venerable magistrado cuyas altas virtudes no ha podido hacer olvidar la misma muerte, viese á su hija rompiendo el santo nudo formado por su previsor cariño... ¿cree usted que volveria á dormir en paz en su sepulcro?...

MARIA. ¡Mi padre! ¡Ah! ¡Qué recuerdo! (Rompiendo en llanto.) ¿Conque no hay remedio entonces para mí? ¿Conque es preciso, Guzman, sufrir siempre y resignarse?

ALBERTO. ¡Si, Maria! Luis es honrado y bueno á pesar de su mal carácter... Luis la ama á usted... ¡todo lo que se merece! (Con entusiasmo.) ¿Le faltarán á usted recursos de ternura y de ingenio para apartarle del precipicio adonde corre?

MARIA. ¡Ah! Gracias, amigo mio; sus palabras de usted son un bálsamo celestial para mi corazon!

ALBERTO. (¡Enmudece siempre tú!) (Oprimiéndose el suyo con pasion.) Vamos, tranquilícese usted completamente: yo la ayudaré con todas mis fuerzas...

MARIA. ¡Si... si!... (Llena de gratitud.)

ALBERTO. ¿Me ofrece usted no dar un solo paso en este asunto sin mi anuencia...

MARIA. Lo ofrezco.

ALBERTO. Asi quiero verla á usted, reflexiva, prudente, y sobre todo generosa. Yo iré luego á buscar á Luis y le insinuaré con habilidad...

MARIA. No, no; sentiria mucho que supiese que he dado este paso.

ALBERTO. Cuente usted con mi discrecion.

MARIA. Adios, amigo mio, ya lo he molestado á usted bastante. Hasta la noche... ¿No es verdad?

ALBERTO. Si, Maria, hasta la noche. (Acompañándola respetuosamente hasta la puerta del fondo.)

ESCENA VII.

ALBERTO.

¡No puedo mas! ¡Esta lucha es superior á mis fuerzas! ¡Adorar á esa mujer hace seis años y no haberle dicho

jamás una sola palabra de amor!... Cuando yo podia hacerle esa revelacion sin ofenderla, entonces no era mas que un pobre estudiante, un huérfano desvalido y sin carrera... ¡Ahora, si mis lábios osasen declararle el secreto de mi alma seria un villano, porque ademas de no ser mia, Mendoza me ha proporcionado mis negocios mas lucrativos y honrosos... y sobre todo me ha abierto su casa y sus brazos! ¡No, yo no soy capaz de pagar esos favores atentando á su honra! ¿En qué me diferenciaria yo entonces del Marqués?—¿Y qué es la virtud sino el triunfo sobre nuestras locas pasiones?—¡Maria, ya que el cielo no me ha concedido la suprema ventura de darte mi nombre... descuida; no será mi acento el que haga brotar la púrpura del rubor en tus mejillas, el que te pinte el crímen con los mas deslumbrantes colores, procurando extraviar tu inteligencia y corromper tu corazon!... ¡Nunca, Maria!... ¡Yo te amo demasiado para decírtelo cuando sé que no debes escucharlo!... (*Se sienta en el sillon del bufete apretándose convulsivamente la cabeza con ambas manos.*)

ESCENA VIII.

ALBERTO y LUIS, *por el fondo.*

LUIS. Buenos dias, Guzman.

ALBERTO. Felices, querido Mendoza. Está usted pálido... ¿Se siente usted malo?

LUIS. ¡Cá!... estoy algo bilioso por tanto maldito disgusto... pero todo ello no vale la pena .. Yo soy mas fuerte que un roble...

ALBERTO. ¡Pobre Luis!

LUIS. No me compadezca usted, porque, francamente, lo último que hay que inspirar en este mundo es compasion.

ALBERTO. ¡Siempre el mismo!

LUIS. Pues claro está: amilanarse por los reveses de la suerte es indigno de un hombre. Conque vamos á lo que importa. Me ha costado un gran sacrificio; pero en esta cartera... que es por cierto la de usted, generoso Alberto...

ALBERTO. ¿Quiere usted avergonzarme?

LUIS. Bien. En esta cartera, repito, hay cuatro mil duros en billetes, para que cuando venga ese usurero rompa usted mi pagaré. De paso puede usted decirle, que no le rompo el cráneo por su amenaza de ejecucion porque es un viejo pelele.

ALBERTO. Despréciele usted; no merece otra cosa.

LUIS. Es verdad.—Y hablando de algo mas importante, ¿sabe usted que acabo de recibir de la Habana la contribucion anual de humo que me paga mi hermano?

ALBERTO. Me alegro mucho, porque precisamente se me estan concluyendo unas brevas riquísimas que me regaló el marqués de la Violeta.

LUIS. Pues antes de que él les eche el ojo le enviaré á usted un millar de vegueros... que ni el Rey los fuma mejores.

ALBERTO. (Que ha estado sacando una caja de cigarros de uno de los cajones del bufete, elige dos y alarga uno á Luis.) Aprobado. ¿Quiere usted, Luis?

LUIS. Gracias. Acabo de fumar. (Alberto, vuelto de espaldas al comandante, llena de puros su petaca, la deja encima del bufete y vuelve á guardar las brevas en su cajon. Mientras Guzman se entretiene en esta operacion, Luis se recuesta en el divan, pero de repente repara en el pañuelo, que Maria se habrá dejado olvidado sobre él, y exclama.) Juraría que este pañuelo... (Cogiéndolo sin que lo advierta Alberto y mirando una de sus puntas.) ¡Si! ¡Las iniciales de mi mujer!... Alberto, (Levantándose y procurando dominarse.) nosotros somos dos amigos verdaderos... y por lo mismo debe existir entre ambos una completa confianza...

ALBERTO. (¿Adónde irá á parar?...)

LUIS. ¿Me hará usted, pues, el favor de decirme si esta mañana ha venido á este despacho alguna mujer?

ALBERTO. Si.

LUIS. ¿Podrá usted decirme su nombre?

ALBERTO. No. (¡Si habrá visto salir á Maria!...)

LUIS. No es una vana curiosidad la que me mueve á hacer esa pregunta... Alberto, ¿podrá usted decirme su nombre? (Con marcada insistencia.)

ALBERTO. No. (Con firmeza.)

LUIS. (Mirando de nuevo el pañuelo sin que lo repare Alberto.) (¡Y no hay duda! ¡Es el mismo que le regalé el dia de su santo!) ¡Acabemos de una vez! ¿Y esto? (Mostrándole el

pañuelo con profunda intencion.)

ALBERTO. ¡Ah! (Dominándose en el acto y con la mayor naturalidad.) ¿Conoce usted por ventura al dueño de ese pañuelo?

LUIS. (Dudando al ver su calma, pero en tono bastante sarcástico) Creia que sí, creia que en Madrid no habia otro igual al de una señora...

ALBERTO. Pues ya vé usted que hay dos. (Con perfecta tranquilidad.)

LUIS. (Como apelando á la última prueba.) Alberto, ¿me dá usted su palabra de caballero de no haber faltado esta mañana á ningun amigo... de no haberle hecho traicion?

ALBERTO. ¡Si!

LUIS. ¿Me lo jura usted por su honor?

ALBERTO. ¡Por mi honor! (Llevándose la mano derecha al corazon.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y MARIA, por el fondo.

MARIA. Guzman, se me ha olvidado el pañuelo y... (Aterrada al reparar en Luis.) (¡Mi marido!)

LUIS. ¡Ha mentido usted! (Estrujando furioso el pañuelo y arrojánselo á Alberto á la cara.)

ALBERTO. (Lanzando un rugido de cólera.) ¡Ira de Dios!

MARIA. ¡Ah! (Cubriéndose el rostro con las manos.)

LUIS. (Conteniendo con la accion á Alberto, cuyo primer impulso ha sido arrojarse sobre él.) ¡Estoy á las órdenes de usted!

ALBERTO. (Dominándose y quedando como clavado en el punto de la escena donde le coge la frase de Luis.) Bien.

LUIS. (Con el mayor imperio á Maria y señalando la puerta del fondo.) ¡Por allí! (Maria, en el centro del teatro, alza los ojos al cielo, como para atestiguar con Dios su inocencia, y obedeciendo la órden de su marido se dirige consternada hácia la puerta del fondo. Luis, colocado en primer término y á la izquierda del espectador, revela con su fisonomia la explosion de la cólera. Alberto, tambien en primer término y á la derecha, se cruza de brazos y contempla sereno la furia de Luis. Cuadro. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

ASUNCION y MARIA, entrando por el fondo.

ASUNC. Hermana mia, ¿qué tienes? ¡Estás pálida como la cera!...

MARIA. Tranquilízate, Asuncion... (Dejándose caer en una butaca.) No tengo nada... Es un ligero mareo que me ha dado en la calle... pero ya me siento bien... (¡Dios mio!... ¡Qué escena tan horrible!)

ASUNC. Si te lo estoy diciendo siempre... Es muy malo salir á la calle en ayunas... y luego, como no has querido que te acompañase... Vamos, dame el sombrero. (Quitándoselo y colocándolo encima de la consola.)

MARIA. (¡Inocente!... ¡Si supiese... se moriria de pena!)

ASUNC. ¿Quieres beber un poco de agua?... ¿Mando que te hagan una taza de té?... ¡Por Dios! hermana mia, si estás mala no me lo ocultes.

MARIA. Gracias, hija mia; te repito que me siento enteramente bien...—¡Ah!... ¿Sabes si ha venido ya Luis?

ASUNC. Teresa me dijo que habia salido antes de las doce, pero aun no ha vuelto á almorzar.

MARIA. Bien (Quedándose un momento pensativa. Asuncion la contempla con el mayor interés, y acariciándola exclama.)

ASUNC. Te empeñas en negármelo, pero á tí te pasa algo... ¡Pues qué!... ¿no conozco yo que has llorado?

MARIA. ¡Jesus!... ¡Qué disparate!... ¿No ves cómo me rio? (Es forzándose por sonreir.)

ASUNC. Sí, sí; aunque todavia soy una niña, no me hagas tan tonta... Yo no sé explicar la causa; pero algo sucede aqui hace dos meses... precisamente desde la muerte del pobre Julio.

MARIA. ¡Hijo de mi corazon!...

ASUNC. No creas que yo soy sorda: muchas veces desde mi cuarto te he oido disputar con Luis, cosa que jamás sucedia antes; y luego, cuando tu marido se ha marchado á la calle, te he sorprendido con los ojos arrasados en lágrimas, como ahora.

MARIA. ¡Asuncion!... (Abrazándola tiernamente.) ¡Hija mia!... Tú eres aun demasiado jóven para comprender que dos esposos, por mucho que se quieran... como nos queremos Luis y yo, pueden sin embargo reñir alguna vez... Pero no hay motivo para que te alarmes... ¡Soy muy feliz!

ASUNC. Te creo, hermana mia, porque tú eres la que me ha enseñado á decir siempre la verdad. Ya se vé, como era una niña de once años cuando papá murió, y como tú te casaste entonces con Luis, la verdad es que me has servido de madre...

MARIA. (Queriendo mudar de conversacion.) ¿Has estudiado tu leccion de piano?

ASUNC. Todavia no.

MARIA. ¿Qué has hecho mientras yo he estado fuera?

ASUNC. Cortar mi abrigo por el tuyo... ¡y qué bonito estará con los botones de acero!... Por supuesto, que aunque Teresa y yo nos demos un mal rato cosiendo, lo estreno mañana.

MARIA. Aprobado. No sabes cuánto me satisface el verte tan trabajadora.

ASUNC. (Con timidez.) ¡Ah!... se me olvidaba decirte que he mandado comprar los adornos azules, porque como Alberto dijo que era el color mas bonito...

MARIA. ¿En tanto tienes su voto?

ASUNC. ¡Es tan elegante!... ¡Tiene un gusto tan exquisito para todo!... ¡Ah!... (Ruborizándose.) Tambien he enviado á Pedro á comprar aquel *nocturno* de Dolher que la otra noche celebró tanto Guzman.

MARIA. Asuncion, ¿qué significa ese interés por cumplir las mas leves indicaciones de Alberto?—Yo creia que el Marqués se inclinaba á tí...

ASUNC. Que se incline hasta que se caiga.

MARIA. ¿Cómo?

ASUNC. Ya lo creo... Hace seis meses que me está zumbando los oidos como un tábano; siempre con la misma cancion. (Remedando al Marqués.) ¡Pollita, está usted deliciosa!... ¡Pollita, me ha dado usted flechazo!... ¡Pollita, yo la adoro á usted!

MARIA. ¿Y tú?...

ASUNC. Yo lo oigo como quien oye llover.—No me sucede lo mismo con Guzman.

MARIA. (¡Dios mio!... ¿si estará enamorada de él?) Pero dí, hija mia, ¿acaso Guzman se te ha indicado de alguna manera?

ASUNC. (Dando un suspiro.) ¡Ojalá!

MARIA. ¿Qué estás diciendo?

ASUNC. La verdad. Lo que siento.

MARIA. Vamos, hija mia, cuéntamelo todo.

ASUNC. (Despues de un momento de pausa.) Pero si lo triste es, Maria, que no tengo nada que contarte. Guzman no hace caso de mí... y bien lo sabes tú... Cuando viene por las noches casi siempre se pone á darte conversacion.

MARIA. Pero, ¿tú lo sientes?

ASUNC. ¿Pues no lo he de sentir, cuando si estudio todos los dias cinco ó seis horas, y acabo un método y empiezo otro mas difícil, es solo porque sé que tiene delirio por la música?... Maria, francamente, cuando concluyo de tocar no me quedo satisfecha hasta que Guzman viene á estrecharme la mano y á decirme: «¡Asuncion, muy bien, muy bien!»

MARIA. (¡No hay duda... le ama!) ¿Sabes, niña, que es bastante singular lo que estás diciendo?

ASUNC. Yo no sé lo que será; lo único que puedo jurarte es que te he hablado con el corazon.

ESCENA II.

DICHOS y LUIS, por el fondo.

MARIA. ¡Silencio!... mi marido.

ASUNC. Buenos dias, Luis; ya te estábamos echando de menos para almorzar.

LUIS. (Con marcada frialdad.) Almuerza tú, yo acabo de hacerlo con un amigo.

ASUNC. ¡Qué mal humor traes!

LUIS. (Con sequedad.) Malísimo.

ASUNC. ¡Jesus!... ¡Qué mala yerba han pisado hoy todos en esta casa!

LUIS. Señora, tenemos que hablar. (Con solemnidad á Maria.)

MARIA. Sí, sí... Ahora mismo... Asuncion, haz el favor de dejarnos un momento.

ASUNC. (Ya que me echan, voy á estudiar mi *nocturno*.) (Vase por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA III.

MARIA y LUIS.

LUIS. (Con sarcasmo.) La he dejado á usted venir sola, porque temia no poder contenerme... pero ya que estoy algo mas sereno, necesito saber inmediatamente á qué ha ido usted á casa del señor Guzman.

MARIA. (Con dignidad.) He ido á consultarle como abogado.

LUIS. (Con tono amenazador.) ¡Señora, la verdad... y mire usted que no se juega impunemente con un hombre de honor!

MARIA. ¡Luis, no me ofendas mas! ¡Harto desgraciada me has hecho!

LUIS. Esas lágrimas no me satisfacen, señora; necesito que me jure usted por todo lo mas sagrado, que la visita en que acabo de sorprenderla no es el resultado de una traicion villana, de un infame delito.

MARIA. ¡Luis! (Ofendida.)

LUIS. Sí, necesito apurar el cáliz hasta las heces; saber hasta qué punto se ha rebajado usted y ha puesto en ridículo á su marido.

MARIA. Puesto que usted lo exige, empezaré jurando sobre la tumba de mi anciano padre que soy inocente.

LUIS. ¡Maria, Maria! no me engañes.

MARIA. Ha llegado la hora de que sepa usted que no ha sido hoy la única vez que he estado en casa de Alberto.

LUIS. ¡Ira de Dios!

MARIA. Tranquilícese usted; hoy, como siempre, he ido á buscar en Guzman al hombre de ley, al prudente abogado que podia proporcionar á una esposa desgraciada el remedio de sus penas.

LUIS. Acabe usted de explicarse, señora.

MARIA. Como hace dos meses que ha abandonado usted por completo su casa, que se pasa usted las noches enteras jugando y perdiendo la fortuna que habrán de heredar mañana sus hijos, que no tiene usted mas que despego y desaires para esta pobre mujer; he ido varias veces, lleno el rostro de lágrimas y desgarrado el corazon á pedir consejo á Guzman.

LUIS. (¡Cielos!... ¿Será posible?... ¿Querrá engañarme tal vez?...—¡Pero no!.. ¡hay tal acento de verdad en sus palabras!...)

MARIA. ¿Se calla usted, caballero?...—Pues mas confundido has de quedarte cuando sepas hasta dónde rayan la nobleza y la lealtad de Guzman... ¡Nunca ha querido darme la razon!... Siempre ha esforzado su ingenio por defender al marido; siempre me ha aconsejado lo mismo... ¡prudencia y resignacion!

LUIS. Maria, no extrañes el horrible estado de agitacion en que me encuentro... tú bien sabes el inmenso amor que te he profesado; pero las apariencias te condenaban y yo soy extremadamente celoso de mi honra!... ¡Habla, porque necesito oir tu voz para que la calma vaya renaciendo en mi corazon!

MARIA. ¡Luis!

LUIS. Hace dos meses que el cielo nos ha robado á nuestro hijo... ¡Tú sabes el delirio con que amaba yo á esa inocente criatura!... Pues bien, Maria; yo necesitaba ahogar esa pena con emociones fuertes, y he jugado noche y dia en busca de esas emociones.

MARIA. Luis, por la memoria de ese ángel, me ha conjurado cien veces Alberto para que te perdonase.

LUIS. (¡Julio, Julio!... ¡Hijo mio!...) Maria, quiero creerte, porque no hay martirio mas horrible que la duda, porque tu cariño me hace falta para mi felicidad.

MARIA. ¡Bendito seas, Dios mio!... ¿No es verdad que ya no te batirás con Alberto, sino que por el contrario le darás una completa satisfaccion?... ¡Ah! te conozco... ¡Eres bueno y generoso!

LUIS. Lo que me pides es imposible.

MARIA. ¡Imposible!...

LUIS. Sí, Maria.

MARIA. ¿Conque has ultrajado sin razon á un caballero y te niegas á satisfacerle?

LUIS. Será todo lo injusto que quieras... pero no lo hago.

MARIA. ¿Conque no hay medio de estorbar ese duelo?

LUIS. (Friamente.) Ninguno.

MARIA. Luis, no desoigas mis súplicas... ¡de rodillas te lo pido!... No cruces tu acero con el de Guzman, porque esa pena me costaria la vida.

LUIS. Levanta, Maria... (¿Si será su temor por él?... Pero no; mis celos son absurdos.)

MARIA. ¿No me respondes?... ¿Qué nube sombria ha cruzado por tu frente?

LUIS. Serénate, Maria... él es el ofendido... y yo te empeño mi palabra de no buscarle... Es cuanto puede hacer un hombre de honor. (Saliendo precipitadamente por el fondo.)

ESCENA IV.

MARIA.

¡Honor!... vana palabra con la que pretenden justificar los hombres mas de un crímen!.. ¿Y el corazon no significa nada?... Luis se ha enternecido... el recuerdo santo de un hijo ha doblegado el orgullo del fiero esposo... pero todas mis súplicas han ido á estrellarse ante ese muro de bronce levantado por la vanidad del hombre... ¡ante el fantasma de su honor! Sin embargo, conozco mi deber. ¡Ese duelo no se realizará!... (Toca el timbre y se sienta á escribir en el velador.)

ESCENA V.

MARIA y TERESA, por el fondo.

TERESA. Señora...

MARIA. ¿Dónde está la señorita?

TERESA. En su cuarto.

MARIA. ¿Qué hace?

TERESA. Estudia su leccion de piano... ¿Quiere usted que la lla-

me?...

MARIA. No. Y el señor, ¿está todavia en casa?

TERESA. En este instante acaba de salir.

MARIA. Bien. Á Pedro que lleve esta carta volando. (Dándosela. Sale Teresa por el fondo.)

ESCENA. VI.

MARIA. Á poco el MARQUÉS.

MARIA. Le ruego por la tranquilidad de mi hogar que venga... ¡Guzman es un caballero, y vendrá!... ¡Ah! (Viendo aparecer al Marqués por el fondo.) (Este hombre tiene siempre el don de la inoportunidad.) ¿Tan temprano por esta casa, Marqués?

MARQ. Nunca madruga uno bastante para contemplar el sol de la hermosura. Supongo que desde *la una* (Con intencion.) no habrá usted tenido novedad en su preciosa salud...

MARIA. Gracias. Sigo bien.

MARQ. Sin embargo; si mi larga práctica en el estudio de los rostros femeninos no me engaña... se me figura que esos rasgados ojos han vertido hace poco algunas perlas... ¡*vous avez pleuré, madame*!...

MARIA. ¡Qué aprension tan singular!...

MARQ. Vamos, no me lo niegue usted: corazones como el mio sorprenden siempre en un rostro bello la huella del llanto... Ademas, hija mia, los hombres de mundo no nos asustamos por ciertas cosas... Aqui ha habido hoy tempestad conyugal... me lo revela su elocuente fisonomia de usted y hasta el estado de esta atmósfera.

MARIA. Aseguro á usted que se equivoca: Luis me quiere masi de lo que merezco...

MARQ. ¡Algo dificililllo es eso!...

MARIA. Y yo respeto, como debo, hasta los caprichos de m marido.

MARQ. (Se defiende con habilidad, pero...) ¿Por qué no ha de ser usted franca conmigo?... No olvide usted (Maliciosamente.) que tengo la fortuna de ser el depositario de los secretos de las damas mas seductoras de la corte. (Sospecho que entenderá la indirecta.)

MARIA. ¿Y qué tengo yo que ver con esos secretos?

MARQ. Nada. (Ahora dos rasgos de elocuencia y... *tout est fait.*)

¿Sabe usted, Maria, que está usted insolentemente hermosa?

MARIA. (¿Á que me vá hacer una declaracion?) Estoy ni más ni menos que todos los dias, Marqués.

MARQ. ¡Oh! *Pardon, pardon, Marie...* cuando nuestro corazon padece, cuando el empavesado navio de nuestra felicidad zozobra en un mar borrascoso, como si dijeramos, en el de la China...

MARIA. Advierta el señor diputado que no se halla en las Córtes...

MARQ. ¡Ay! ¡Ójala me hallase en este momento en las célebres Córtes de amor!... (Me parece que hago efecto.)

MARIA. (¡Qué hombre tan insoportable!)

MARQ. Maria, ¿no ha medido usted toda la profundidad, toda la trascendencia de mi recuerdo histórico?...

MARIA. (Con desden.) No, señor.

MARQ. (¡Qué manera tan delicada de animarme!...) ¿Conque no ha leido usted nada sobre las inolvidables Córtes de amor de la edad media?... ¡Maria, qué código aquel!... Siento que no posea usted el latin, si no le recitaria los principales artículos.

MARIA. Gracias: para ser una mujer honrada y labrar la felicidad de mi marido, me basta con los Mandamientos.

MARQ. *¡Ah mon Dieu!* No puede usted figurarse lo prosáica que es la palabra marido en una discusion íntima de esta especie... el marido es la fiera mas parecida al hombre...

MARIA. Y el seductor de oficio, el libertino sin conciencia ni entrañas, que empieza por negar la virtud de todas las mujeres, olvidándose de que tiene madre y hermanas, es únicamente, señor Marqués, un reptil miserable que merece ser aplastado con el pié.

MARQ. (¡Tú sí que me has aplastado!) Pero, señora, dice usted unas cosas...

MARIA. Eso consiste en que no quiero que nadie se atreva á decirme otras.

MARQ. Juro á usted que mis intenciones...

MARIA. No olvide usted mi opinion sobre los seductores de oficio si desea conservar mi amistad, señor Marqués. (Haciéndole una profunda reverencia y retirándose por la primera puerta de la dereha.)

ESCENA VII.

El MARQUÉS.

¡Pues he quedado lucido!... Vea usted hasta dónde llega la extravagancia de las mujeres... ¡Desairar al *enfant gaté* de las hermosas, al rey de la elegancia y del buen tono, (Pavoneándose.) á un amante como yo!... Pero, cá... Maria, no me engañas...—Conozco demasiado bien á tu sexo...—No seré yo el tipo de tu predileccion...—(Mirándose al espejo de la chimenea.) Acaso estas frondosas patillas y estos negros y retorcidos bigotes (gracias á Pelaez), que tanto atraen los gemelos de las damas en el Real, no merezcan tu aprobacion... porque no hay remedio: ¿dónde está la mujer, jóven y hermosa como Maria, que á los cinco años de matrimonio y mediando graves sinsabores domésticos no se lanza á la senda de la amabilidad con algun amigo?... Y si no dígalo la consultita de hace dos horas en casa de Alberto.—Con cuarenta años de edad, un título de Castilla, quince mil duros de renta y una figura como la mia, (Mirándose al espejo colocado sobre la chimenea.) ¿qué no habré yo aprendido en Madrid?... (Se pone el sombrero, y al salir por el fondo tropieza con Alberto.)

ALBERTO. ¿Adónde tan de prisa?

MARQ. Al Congreso. Los padres de la pátria no podemos prescindir de ir á las Córtes en dias de agitacion política. *Sans adieu.* (Sale precipitadamente por el fondo.)

ALBERTO. ¡Pobre hija con tales padres!...

ESCENA VIII.

ALBERTO y ASUNCION, por la segunda puerta de la derecha.

ALBERTO. (Saludándole.) Asuncion...

ASUNC. ¡Qué milagro!... ¿Usted aqui por la mañana, abandonando su bufete y sus litigantes?...

ALBERTO. Si, hija mia. (Dándole cariñosamente la mano.) He salido esta mañana, contra mi costumbre, porque... he tenido informe en la Audiencia. ¿Y Maria?

ASUNC. Se ha retirado hace un momento... le dolia un poco la cabeza...

ALBERTO. ¿Está enferma?
ASUNC. No, gracias á Dios; es una ligera jaqueca.
ALBERTO. (Respiro.) (Pausa.)
ASUNC. ¡Jesus!... qué mústio está usted... vamos, se conoce que ha perdido usted hoy el pleito.
ALBERTO. ¡Sí, Asuncion; hoy ha sido un dia aciago para mí!
ASUNC. ¡Vaya!... ¡Pues no se toma usted poco interés por sus clientes!.. ¿Sabe usted que me estan dando deseos de tener algun pleito para que usted me lo defienda?
ALBERTO. ¿Cómo?... ¿Qué? (Maquinalmente.)
ASUNC. Pero, Guzman, ¿qué tiene usted que no me oye?
ALBERTO. Nada, nada... ¿y Maria?
ASUNC. (Un poco picada.) Puesto que mi conversacion no tiene bastantes encantos para distraer á usted, voy de seguida á llamar á mi hermana.
ALBERTO. ¡Sí, sí... se lo estimaré á usted mucho!... y no se pique usted por esto, Asuncion.
ASUNC. No, yo no me he picado... he dicho tan solo lo que sentia. Hasta luego, señor Guzman. Mientras usted habla con Maria repasaré yo aquel nocturno que usted me recomendó. (Hace una graciosa cortesia y se retira por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA IX.

ALBERTO, á poco MARIA.

ALBERTO. ¡Es un ángel! ¡No he visto mayor candor á su edad! ¡Con qué dulzura, con qué cariño me habla siempre!... ¡Si habrá tenido esa pobre niña la desgracia de fijarse en mí!... ¡No lo permita Dios!... Merece un corazon entero y puro, y el mio no me pertenece y está manchado por una pasion criminal.
MARIA. (Entrando.) ¡Guzman!
ALBERTO. ¡Señora, ya estoy aqui!
MARIA. ¡Le esperaba á usted, porque le conozco!
ALBERTO. Hable usted.
MARIA. Alberto, ¿no es verdad que usted no trata de llenar mi corazon de luto para siempre?...
ALBERTO. ¡Maria!... ¡No comprendo lo que pretende usted de mí!
MARIA. Pretendo que valiéndose de ese talento que le reconoce á usted todo el mundo; que evocando el recuerdo de su

madre, que desde el cielo repite mis palabras; que apelando al mas sublime de los sentimientos, al sentimiento religioso, no se bata usted con mi marido.

ALBERTO. Señora, ¿sabe usted lo que exige de mí?... ¿Olvida usted que todavia se agolpa la sangre á mi mejilla, á esta mejilla indignamente ultrajada en mi propia casa?

MARIA. No ignoro lo que exijo; pero sé tambien á quién se lo exijo.—Usted es un hombre superior, Guzman; mi corazon me lo ha dicho, y estoy segura de no haberme equivocado. ¡Hombre de ley, conocerá usted ademas como nadie todo lo absurdo, todo lo bárbaro del duelo!

ALBERTO. Maria, ¿dónde hay superioridad bastante para luchar un hombre solo contra la sociedad entera?... ¿Quiere usted que mis amigos me desprecien, que los indiferentes se sonrian maliciosamente al verme, que mis enemigos me llamen á boca llena cobarde?... Cuando un caballero recibe una afrenta como la que ha manchado mi rostro, no puede reflexionar, señora. No le es dado examinar el duelo á la luz de la moral y de la filosofia; no se le permite que, imitando al Divino Maestro, presente la otra mejilla para que se la hieran... porque la sociedad entonces, preocupada y ciega, lanza el anatema del ridículo sobre el hombre que tal hace, y lo califica de cobarde, y lo deshonra para siempre!

MARIA. ¿Conque es usted de los que conocen la virtud y les falta valor para practicarla?...

ALBERTO. Maria, usted, á quien el cielo ha concedido entre otros muchos dones el de la discrecion, póngase por un momento en mi lugar.—Yo soy un hombre que felizmente nó ha tenido un solo lance en toda su vida.—He respetado siempre la dignidad de los demas para que respetáran la mia.—Luis, por el contrario, ha seguido la carrera de las armas; es un jefe de artilleria, que ostenta con orgullo en su pecho la cruz laureada de San Fernando. Si yo no lavase en el campo mi afrenta, todo el mundo creeria que el paisano habia temido al militar, que el pacífico abogado habia tenido miedo al bizarro comandante.

MARIA. Será lo que usted quiera; pero ese desafio no se realizará mientras yo viva.

ALBERTO. ¡Cómo!...

MARIA. Guzman, yo no puedo permitir, yo no quiero que usted

arriesgue su vida en el campo... porque Luis es un gran tirador de pistola, maneja superiormente la espada y el florete... ¡y lo mataria á usted de seguro!

ALBERTO. ¡Sufriré mi suerte, señora!

MARIA. ¡No, no! (Horrorizada.)

ALBERTO. (¡Ese interés por mi vida!...)

MARIA. Alberto, si su mano de usted tiene el funesto don del acierto, me hace usted la mujer mas infeliz de la tierra, porque al robarme un marido á quien respeto, me roba usted la joya mas preciosa para una mujer honrada... ¡mi reputacion!... El mundo, maldiciente siempre, y que solo juzga por apariencias, verá que un esposo se desafia por celos con un hombre como usted, y jurará, cual si lo hubiera visto, que el marido tenia razon. (Cubriéndose avergonzada el rostro con las manos.)

ALBERTO. ¡Ah! (Profundamente conmovido.)

MARIA. Si, por el contrario, usted sucumbe, yo no podria tocar nunca sin estremecerme la mano de Luis, manchada en sangre inocente, en la sangre de un amigo tan noble, tan leal como usted...—Esa repugnancia de mi alma formaria entre mi marido y yo un mar de hiel y de lágrimas; tras de la frialdad brotarian el desprecio y el odio, y entonces mi única salvacion seria el divorcio, ese divorcio que usted mismo me pintaba en su casa con tan horribles colores!...

ALBERTO. ¡Maria!... (¡Me desgarra el corazon!...)

MARIA. Ademas, Alberto, ha llegado el momento de hacerle á usted una grave confesion.

ALBERTO. ¡Hable usted, señora! (Con gran ansiedad.)

MARIA. Usted sabe el inmenso cariño que profeso á Asuncion, que se ha criado en mis brazos, á quien he servido de madre, y á quien como madre quiero... Pues bien, esa niña inocente ¡lo ama á usted!...

ALBERTO. ¡Cielos!

MARIA. ¡Y la asesina usted si se bate!

ALBERTO. ¡Pobre niña! (Pasándose una mano por los ojos.)

MARIA. (¡Se enternece... se enjuga una lágrima!... ¡Ah!) (Con explosion de alegria.)

ALBERTO. (¡Valor, corazon!... ¡El cielo me inspira!... ¡Me sacrificaré por ella!... ¡por ella, que por fortuna no ha adivinado mi amor!... (La fisonomia del actor revelará la terrible lucha que experimenta su alma. De repente clava los ojos en el

cielo, y, como iluminado por un rayo divino, exclama.) Me ha suplicado usted en nombre de su felicidad, de su cariño maternal á Asuncion y sobre todo de su honra... pues bien, Maria, no me batiré, y en breve tendrá usted una prueba de la inmensidad de mi... respeto.

MARIA. ¡Gracias, gracias, Dios mio!... ¡me vuelve usted la vida!...

ALBERTO. ¡Maria, es usted una mujer sublime!

MARIA. ¡No soy mas que una mujer honrada!

ESCENA X.

Los MISMOS y LUIS, por el fondo.

LUIS. (Con sarcasmo.) ¿Usted por aqui, caballero?...

ALBERTO. (¡Lo exige su felicidad... (Clavando con entusiasmo los ojos en Maria.) la gratitud que le debo á Mendoza!

MARIA. ¡Luis, escucha!

LUIS. No te alarmes, ¡estoy muy tranquilo!... ¿no lo ves?... (Con ira reconcentrada.)

MARIA. Oye, aun cuando sea á tu pesar.

LUIS. Hable usted, señora.

MARIA. El señor Guzman ha venido, porque yo le he llamado para exigirle su palabra de honor de que no se batirá contigo, para evitar, como debo, una catástrofe.

LUIS. (¡Me fascina su voz!...)

ALBERTO. (Haciendo un esfuerzo supremo sobre sí mismo.) Y yo no solo he accedido á los ruegos de esta señora perdonando una ofensa, hija de un disculpable arrebato de celos, sino que ruego encarecidamente á mi antiguo amigo Luis que me conceda la mano de Asuncion.

LUIS. (Admirado.) ¡Qué escucho!...

MARIA. (Esta resolucion tan inesperada... ¡Dios mio!... ¿Se sacrificará por mí?...)

ALBERTO. Si, amigos mios... (Afectando naturalidad, pero revelando en la expresion de su rostro y en lo trémulo de la voz el recio combate interior que está sufriendo.) He cumplido ya treinta años... gano tres mil duros anuales con mi bufete... y he resuelto casarme.—(¡Asi serán felices los dos!)

MARIA. (Esta es la prueba que me ha ofrecido darme de su respeto... ¡No hay duda!... ¡Me ama!) Nos honra usted mucho, Guzman.

ASUNC. (Desde el umbral de la puerta y despues de haber oido el final de la anterior escena.) (¡Se quiere casar conmigo!... ¡Qué alegria!...)

LUIS. ¡Ah, Maria, perdona mi ceguedad!

ESCENA XI.

DICHOS y ASUNCION, entrando silenciosamente y colocándose detrás de su hermana, á la que interroga á media voz.

ASUNC. ¿Pero es verdad que me caso con Alberto?

MARIA. (Con ternura.) Si, hija mia.

LUIS. (Arrojándose en los brazos de Alberto.) ¡Hermano mio, perdon! (Se abrazan.)

MARIA. (¡Dios mio, premiadle su noble accion!) Guzman, dé usted la mano á su novia... Asuncion, abraza á tu marido.

LUIS. ¡Maria!

MARIA. ¡Luis! (Asuncion ruborizada, pero radiante al mismo tiempo de alegria, al exclamar su hermana: «Abraza á tu marido,» estrecha con pasion las manos de Alberto é inclina su cabeza sobre su hombro.—Luis fija sus ojos en Maria con profunda ternura.—Esta, al exclamar: «¡Luis!» le abre sus brazos con la mayor bondad. En este momento entra el Marqués por el fondo sofocado y echando chispas.)

ESCENA XII.

DICHOS y el MARQUÉS.

MARQ. ¡Maldita sea la política y los gobiernos débiles y las oposiciones sistemáticas!... (Arrojándose en una butaca.)

LUIS. Pero, Marqués, ¿qué sucede?

MARQ. ¿Qué ha de suceder? ¡Una inmensa desgracia para el pais y sobre todo para mí!... Acaba de caer el gabinete cuando Su Majestad iba á firmar esta noche, esta misma noche, mi nombramiento de embajador de Fez...

LUIS. Lo siento.

MARQ. (Levantándose y dando grandes paseos por la escena.) Pues señor, está visto: los hombres de perfecta elevacion de ideas, de cierto temple de alma, de verdadera autonomía, en fin, no tenemos mas remedio que retirarnos á la vida privada y exclamar con Horacio: *Beatus ille,* etc.

María, mañana dimito el cargo de diputado, y de seguida me caso.

ALBERTO. ¡Bien!

LUIS. ¡Excelente idea!

MARIA. ¿Y quién es la novia?

MARQ. ¿Quién ha de ser sino la mas encantadora de las pollitas?... *¡La voilá!* (Señalando á Asuncion.)

ASUNC. ¿Yo?

MARQ. (Con tono proteccional.) Si, hija mia.

ASUNC. Pues yo no puedo casarme con dos.

MARQ. ¿Cómo?

ASUNC. Tengo el honor de presentar á usted á mi marido. (Cogiendo á Alberto de la mano.)

MARQ. ¡Vamos, oye uno unas cosas!

MARIA. Veo que en amores se habia usted hecho tantas ilusiones como en política.

MARQ. En fin, toda vez que he llegado tarde... me dejaré querer y sacaré de penas á la duquesa del Arco Iris. Señores, (Saludando en general.) voy á dar el pésame al exministro de Estado. (Al salir.) *¡Tout est perdu hors l'honneur!*

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS menos el MARQUÉS.

ASUNC. Buen viaje.

MARIA. Me alegraré que no vuelva. Alberto, excuso rogar á usted que haga feliz á mi hermana... (¡Dios mio, dadme siempre fuerzas para olvidarlo!...)

ALBERTO. Señora... mañana será la boda y pasado mañana saldremos Asuncion y yo para las Provincias.

MARIA. (¡Se aleja! ¡Qué honrado es!)

ALBERTO. Pero antes, hermano mio, dame tu palabra de honor de no volver á jugar nunca.

LUIS. ¡Te la doy!... (Estrechando conmovido su mano.) ¡María, te lo juro!

MARIA. ¡Luis!... ¡Alberto!... ¡Gracias!... ¡No quebrantes jamás esa promesa, y aun puedo ser dichosa!

FIN DEL DRAMA.

Habiendo examinado este drama, no hallo inconveniente en que su representacion se autorice.

Madrid 17 *de setiembre de* 1861.

El censor interino de teatros,
ANTONIO ARNAO.

4.